

Por si va a viajar...

Por José Luis Pariente

Artículo para su publicación en la Revista *La Criba*,
No. 6, pág. 2. Cd. Victoria, Tam., julio de 1995

En alguna lejana ocasión, previa a una salida al extranjero, se me ocurrió pedirle a mi padre alguna sugerencia que pudiera ayudar a hacer más placentero el viaje. Papá levantó apenas la vista de alguno de los inseparables libros que ocupaban su escaso tiempo libre y respondió sin pensarlo dos veces: —Léete *La Vuelta al Mundo de un Novelista*, de Vicente Blasco Ibáñez—.

La contestación de mi padre encerraba una sabia moraleja, que con los años he convertido en invariable norma de conducta: si quieres saber viajar, primero infórmate de los lugares a donde quieres ir: de su gente, de sus costumbres, de su vida cotidiana; de su cultura, por decirlo de una vez.

A muchos años de distancia, si me hicieran la misma consulta, estoy convencido de que la respuesta sería muy similar a la que me dio mi padre: lo primero que hay que hacer es documentarse. Pocas cosas existen tan frustrantes como estar en tierras extrañas sin poderse comunicar ni entender o apreciar lo que pasa a nuestro alrededor. Por fortuna, existen innumerables libros, guías, diccionarios y mapas que, en la actualidad, y gracias a los avances de la industria del turismo, son verdaderas piezas de colección en lo que a diseño y claridad de información se refiere, y que pueden convertirse en compañeros inseparables durante nuestro recorrido, e incluso después.

Las buenas guías turísticas, en especial, son una de las piezas claves para comenzar. Existen en el mercado un sinnúmero de ellas, aunque, sin reservas de ninguna especie, siempre me he inclinado por las francesas Michelin, divididas en tres grandes grupos: la guía turística propiamente dicha, de alargado formato vertical y de color verde, la guía de hoteles y restaurantes (de color rojo) y los excelentes mapas de carreteras, aunque en este último caso, y en especial si se viaja por Europa, son igualmente recomendables los suizos Hallwag, impresionantes por su precisión y calidad cartográfica.

Complemento necesario de lo anterior, sobre todo si no conocemos el idioma, son los diccionarios para viajeros o, ahora que los avances tecnológicos lo permiten, los traductores electrónicos de bolsillo, que nos pueden sacar de más de un apuro con relativa facilidad.

Y si quieren divertirse durante los trayectos en los que no puedan tener la oportunidad de disfrutar el paisaje, les recomiendo como libro de cabecera el *Manual del Imperfecto Viajero*, del siempre ocurrente Fernando Díaz-Plaja. Asuntos tan comunes, pero tan latosos como las propinas, los guías, las aduanas o las salas de espera, son algunos de los temas en los que el autor hace blanco con su fino humor. Porque una cosa importante al viajar es esta cuestión del humor. ¡Pobre de ustedes si inician un viaje sin este elemental ingrediente! Lo más seguro es que regresen frustrados y cansados física y mentalmente, después de haber dejado en las mismas condiciones a todos los que tuvieron la desdicha de acompañarlos en el trayecto o de cruzarse por su camino.

La ventaja de conocer de antemano la cultura de un pueblo y sus principales manifestaciones, en especial las artísticas, depara un disfrute extra cuando nos encontramos en su presencia. Recuerdo aún emocionado, después de haber estudiado durante la carrera profesional las características de la arquitectura durante el período gótico, mi encuentro impresionante y majestuoso con la catedral de Notre-Dame, o la íntima sensación de recogimiento espiritual al posar la mano en la columna central del Pórtico de la Gloria, en la catedral de Santiago de Compostela, remate del largo camino medieval dedicado al apóstol, que antaño atravesaba toda la geografía de Europa.

Porque este tipo de experiencias son las que hacen valioso un viaje en términos de crecimiento personal, y no el hecho de atiborrarnos de "souvenirs", al que tan afecto somos en esta cultura del desperdicio y la presunción, donde estamos deseando regresar a casa para impresionar a los amigos con las chucherías y las fotos que logramos en la ausencia. Y evito a propósito hablar más de las fotos que toman los turistas, tema de mi particular interés, porque ello requeriría de todo un tratado sobre el asunto.

Siguiendo con las guías, y sobre todo si son amantes del buen comer, sería imperdonable dejar de leer previamente a Fuentes Mares en su *Nueva Guía de Descarriados*, libro delicioso en el que el autor nos muestra su poco conocida faceta de sarcástico humorista y una aguda crítica a los hábitos alimentarios del turista medio de hamburguesas y "hot-dogs", amén de recetarnos un recorrido gastronómico por la península ibérica que no tiene desperdicio.

Y si me permiten un último consejo, después de recomendarles que ni bajo amenaza de muerte se les ocurra viajar en "tours", éste estaría relacionado con el equipaje. Todos tenemos la tendencia, las señoras en especial, de viajar con las maletas a reventar —¡por lo que se pudiera ofrecer! —, sin pensar que puede salir más barato y evocador comprar un par de mudas en los lugares de destino, que el exceso de equipaje que con seguridad tendremos que pagar a última hora, a las

carreras y con el avión a punto de partir, si desde el inicio cargamos con más de lo estrictamente indispensable.

Habría, pues, que aprender, parafraseando a Machado, a "... viajar ligero de equipaje". Al fin y al cabo, lo más valioso con lo que uno puede regresar de otros lugares, es la experiencia de haber conocido otras gentes y otras maneras de vivir. La experiencia de saber que, fuera de nuestro siempre reducido universo de acción, más allá de nuestras fronteras, ya sean físicas o mentales, existen otras alternativas, otras respuestas del hombre a su entorno; o lo que es lo mismo, otras culturas, que nada mejor que el viajar nos pueden descubrir.

Arq. José Luis Pariente

Cd. Victoria, Tamaulipas, marzo de 1994